

¿Comunistas judíos o judíos comunistas? La rama judía del PC en un contexto de crisis identitaria (1920-1950)

Esta ponencia trata sobre un sector de la comunidad judía: los comunistas. El objetivo es reconstruir el carácter de su militancia: siempre activos en el campo cultural y educativo, las transformaciones de contenido delatan cambios más profundos a nivel identitario. Los comunistas judíos, olvidados hoy por la historia institucional de la colectividad, fueron un grupo de gran visibilidad en su accionar, y con una red de militantes y simpatizantes que llegó a transformarlos en un grupo poderoso y representativo.

Más allá de constituir un lugar común en el imaginario del nacionalismo de derecha más rancio, la existencia del judío comunista fue una realidad. No fue numéricamente mayoritaria, ni dentro del movimiento comunista general (donde los grupos nacionales más amplios fueron el italiano y español), ni dentro de la misma colectividad judía, pero gozó de una gran visibilidad por el activismo de sus militantes, lo llamativo de su lenguaje y la extensión y presencia de sus instituciones.

En el seno de la comunidad judía, el comunista fue un sector particularmente activo. Su militancia social, cultural, y educativa compitió exitosamente con sus competidores en la izquierda, los sionistas y los sectores tradicionales. Si bien en un principio el comunismo se refugió en una autoexclusión, apelando únicamente a criterios clasistas para seleccionar la clientela de su propaganda, los cambios sociales en la colectividad y eventos de orden nacional e internacional determinaron un viraje identitario gradual. Así, el imaginario judío comunista pasó (en dos décadas) de ser "obrero" a "popular", "antipatriótico" a "argentino", manteniendo en un equilibrio inestable su progresismo, su afinidad con la URSS y el PCA y su rechazo al sionismo como la solución al problema judío.

Del colono al empresario: breve historia de la comunidad judía ashkenazí en Buenos Aires

El inicio de la vida judía en el país tuvo lugar alrededor de la última década del siglo XIX, cuando la Jewish Colonization Agency (JCA), creada por el Barón Mauricio Hirsch, comenzó su política de crear colonias agrícolas en la Pampa Húmeda y el Litoral ayudando a emigrar y establecerse a miles de judíos de Rusia y Europa Oriental¹. Si bien en ese primer momento la mayoría de la población judía se concentró en las colonias, las oleadas migratorias subsiguientes (luego de la frustrada revolución rusa de 1905 y en el período de entreguerras), netamente urbanas, y el paso de muchos colonos a la ciudad en busca de mejores oportunidades y educación superior, inclinaron el peso de la balanza hacia las grandes ciudades, principalmente Buenos Aires.

¹ Ricardo Ricardo Feiersten, *Historia de los judíos argentinos*, Buenos Aires, Ameghino, 1993, cap. 3. Víctor Mírelman, *En búsqueda de una identidad. Los inmigrantes judíos en Buenos Aires, 1890-1930*, Buenos Aires, Milá, 1988.

La población *ashkenazi* de Buenos Aires, en su gran mayoría obreros, artesanos, y vendedores cuentapropistas a plazos (*cuéntenikes*)², se asentó siguiendo un patrón de “guetos abiertos”, enclaves barriales donde predominaba la población judía. De entre ellos sobresalían Once y Villa Crespo, aunque con las sucesivas oleadas migratorias y el ascenso social los asentamientos judíos se ampliaron también a La Paternal y, en el límite con la provincia de Buenos Aires, la zona industrial textil de Villa Lynch, en el Partido de San Martín, y Avellaneda³. El vertiginoso ascenso social que vivió este grupo a partir de la década del 30, coincidió con una dispersión por la ciudad que, entre 1940 y 1960, prácticamente terminó con los “barrios judíos”.

La institucionalización de la colectividad ashkenazi en Buenos Aires, amén de varios intentos fallidos, terminó dándose de facto. La *Jevra Kedusha*, sociedad de sepelios, terminó imponiéndose a partir de su inigualable poder financiero, basado en el monopolio de los cementerios y del entierro ritual. Esto le permitió reunir un número importante de miembros aportantes, ya que serlo era una condición indispensable para tener una sepultura judía. Esta fuente de recursos generó un excedente que la *Jevra Kedusha* utilizó para imponer su hegemonía, así como para impulsar el avance de las instituciones afines a ella (el judaísmo tradicional y el sionismo no izquierdista). Desde la década del 20, parte de este excedente fue dedicado a apoyar la instalación de escuelas complementarias judías, situación que se institucionalizó en 1935 con la creación del *Vaad Hajinuj* (Consejo Escolar)⁴.

La diversidad ideológica judía, al igual que la de diversas comunidades inmigrantes, ocupaba todo el espectro ideológico. Lo particular del caso judío es que esta fragmentación repercutió también en el terreno idiomático. La lucha por definir la identidad judía llegó al idioma. El lenguaje de la calle era el idish, y el de la sinagoga, la lengua bíblica, el hebreo. Pero el sector sionista abogó en su identificación con Israel por la reivindicación del hebreo como idioma vivo, al mismo nivel que el idish. La izquierda judía antisionista (y también Poalei Tzion, sionismo-socialismo, en la primera mitad del siglo), a su vez, rechazaba al hebreo y reivindicaba al idish como idioma vivo y popular. De hecho, en su afán por escribir el idish de forma “popular”, los grupos laicos -comunistas y bundistas, así como también el periódico “Di Presse”- erradicaron los hebraísmos (palabras de origen hebreo escritas según las reglas hebreas) y pasaron a escribirlos de forma fonética (por su pronunciación y no su raíz hebrea). La lucha entre los sionistas por un lado y los comunistas (y, hasta mitad del siglo, los sionistas-socialistas) por el otro, se expresó, en consecuencia, a través de la lengua.

El Partido Comunista de la Argentina: reseña institucional

El PCA nació en 1918 como el Partido Socialista Internacional, a partir de una escisión del Partido Socialista frente a la Revolución Rusa de 1917. Adopta el nombre de Partido Comunista en 1920, junto con las exigencias para formar parte de la III Internacional, y comienza desde entonces un desarrollo signado por la obediencia incondicional a las directivas del Comintern. Este oscilamiento en la línea del Partido, no obstante, no fue tan sentido en sus bases sindicales, que avanzaron con notable regularidad y éxito hacia la sindicalización de industrias nuevas -como la metalúrgica-, y lucharon por la conducción en los gremios liderados por sindicalistas y socialistas⁵. El Partido Comunista

² Edgardo Bilsky, “Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, IV, Nº11, abril 1979.

³ Ricardo Feierstein, *Historia de los judíos...*, cap. 5. Ver también Víctor Mirelman, *En busca...*

⁴ Efraim Zadoff, *Historia de la educación judía en Buenos Aires (1935-1957)*, Buenos Aires, Milá, 1994.

⁵ Hernán Camarero, *A la conquista del proletariado, la experiencia comunista en el mundo de los trabajadores de Buenos Aires, 1925-1935*, tesis de maestría, 2003. Partido Comunista (Comisión del Comité Central), *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1947. Jorge Cernadas, Roberto Pittaluga y Horacio Tarcus, “La historiografía sobre el Partido Comunista en la Argentina. Un estado de la cuestión”, en *El Radaballo*, Año 4, Nº8, pp.

-amén del anarquismo- fue el único que impulsó la creación de Secciones Idiomáticas, destinadas a captar la adhesión de los obreros inmigrantes, muchos de los cuales mantenían sus dialectos originarios: las secciones más importantes fueron la italiana y la idishe.

En 1925, luego de la ruptura de los “chispistas” (fracción izquierdistas del PCA, llamada así por su periódico “La Chispa”, que rechazó la reestructuración exigida por el Comitern), la dirigencia del Partido consolidó su autoridad y reorganizó el Partido según el modelo celular reclamado por Moscú. En diciembre de 1927, una segunda ruptura terminó con la salida del dirigente Penelón -en ese entonces, concejal por Buenos Aires- y sus seguidores, que terminarían formando Concertación Obrera. Poco después, en 1928, se estableció en el PCA la línea de “clase contra clase”, que pregonaba la búsqueda agresiva de las masas obreras denunciando tanto a las fuerzas abiertamente burguesas como a los falsos representantes del proletariado, como el sindicalismo y el socialismo. Esta línea se caracterizó por una búsqueda enemistad con todas las fuerzas del espectro político, sin distinción⁶.

Con el derrocamiento del gobierno de Hipólito Yrigoyen, en 1930, el PCA fue declarado ilegal, y comenzó su etapa de clandestinidad. Sus militantes fueron perseguidos por la Sección Especial para la Represión del Comunismo, de la Policía Federal, y sufrieron encarcelamiento, torturas y deportaciones. En este contexto, el Partido pasó a operar en la esfera pública a través de organizaciones y movimientos secundarios. Su actividad sindical, aunque dificultada, continuó su crecimiento.

En 1935, el PCA, siguiendo las decisiones de la Internacional Comunista, viró el timón y adoptó la orientación del “frente popular”. Esta línea buscaba un acercamiento de todas las fuerzas democráticas para derrotar al nuevo enemigo fascista, calificativo que se aplicaría tanto a los gobiernos fraudulentos de la Década Infame, como a la camarilla militar que tomó el poder en 1943 y al gobierno constitucional de Juan Domingo Perón. Su situación de clandestinidad y su anterior hostilidad a las fuerzas con las que ahora buscaba establecer lazos determinaron la dificultad de establecer un frente popular realmente amplio. Esto se logró recién hacia las elecciones de 1945, donde de todos modos la Unión Democrática fue derrotada por el naciente movimiento peronista.

No es exagerado identificar en Perón al responsable principal de detener el crecimiento sindical de los comunistas. Como secretario de trabajo y previsión, desde 1943 se encargó de incentivar la sindicalización en gremios no comunistas brindando beneficios tan sólo a los afiliados a éstos. Asimismo, reprimió con dureza a los miembros, activistas y líderes de los sindicatos bajo influencia del PCA. Logró así la peronización del movimiento obrero y el subsiguiente divorcio de los comunistas con las masas proletarias a las que decían representar.

El año 1920 institucionalizó el fruto de un cruce entre dos identidades: una, la comunista, identidad política revolucionaria; la otra, el judaísmo, identidad de un grupo humano con un acervo cultural milenario. La Revolución rusa generó una ruptura dentro del Bund y Poalei Tzion. Los escindidos se congregaron en 1920 para formar la Sección Idiomática Judía del Partido Comunista (*Ievsekzie*), reteniendo el movimiento gremial judío y buena parte de las instituciones y bibliotecas. Aunque desapareció formalmente en 1930, lo que pasó a llamarse el “progresismo” judío mantuvo fuertes lazos con el PCA y una obediencia indiscutida hacia la línea del partido.

30-39.

⁶ Hernan Camarero, *A la conquista...*, pp. 16-18.

La Sección Idiomática Judía y el judaísmo de clase

Durante la década de legalidad del PCA, la Ievsekzie funcionó como sección específica del Partido para alcanzar a las masas obreras judías, que se manejaban mayoritariamente en idish. Al igual que las otras ramas idiomáticas y el Partido general, la sección judía promovió la creación de clubs deportivos y sociales, y bibliotecas obreras. Los *arbeter clubn* (clubs obreros) eran concebidos como lugares de socialización entre obreros, donde se desarrollaba tanto la cultura como el deporte estrictamente proletario.

La Sección tenía oficialmente un carácter idiomático y no nacional; es decir, su función declarada era la de facilitar el acceso de la propaganda y el discurso del Partido a los obreros de origen *ashkenazi*, con el fin último de que asimularan la ideología y se integrasen a la clase obrera general. A pesar de esta postura, la Ievsekzie fue la única sección idiomática que consolidó su propia red de escuelas complementarias, los *arbeter shuln* (escuelas obreras), nucleados en la *Arbeter Shul Organizatzie in Argentine* (Organización de Escuelas Obreras en Argentina, abreviado *Arbshulorg*). Estas escuelas -la primera de las cuales, la 1° Escuela Obrera, fue establecida en 1922- entraron en funcionamiento en establecimientos precarios, a menudo domicilios particulares o casas alquiladas. Rara vez contaban con más de un docente para todos los niños; a lo sumo lograban organizar dos grupos ordenados según nivel de conocimiento. Los *lerern*, maestros, solían ser activistas de la Ievsekzie con niveles aleatorios de preparación pedagógica, aunque también contaban entre sus filas con maestros preparados en Europa. Su objetivo declarado era dar una formación proletaria a los hijos de los inmigrantes judíos.

Hacia 1928, sin embargo, la 1° Escuela Obrera -situada en Villa Crespo- contaba ya con 5 clases, 4 maestros y un alumnado que rondaba los 150 niños. El *Arbshulorg* llegaba a los 2000 miembros, y en sus circulares se llamaba a los interesados a oficiar como cobradores de la institución. Se menciona la existencia -por ese entonces- de unas 6 escuelas obreras activas en el Gran Buenos Aires.

A partir de los cuadernos de alumnos que la Policía Federal encontró al allanar las escuelas -a partir de 1931-, es posible determinar el contenido de la currícula. El material, compilado por Matías Sánchez Sorondo en su proyecto de ley de represión del comunismo, contiene composiciones críticas sobre las fechas patrias, y elogiosas sobre las fechas claves del movimiento socialista, como el Día del Trabajador y el Día de la Mujer Trabajadora, así como la conmemoración de la Revolución Rusa y de la Comuna de París. Es posible encontrar también biografías y versos sobre figuras históricas como Lenin, Sacco y Vanzetti y Simón Radowitzky (aunque sin mencionar, claro está, la adscripción al anarquismo de estos últimos), y composiciones en defensa de las huelgas obreras, a la vez críticas con el accionar del gobierno. Los mismos versos y cuentos que aprenden los niños mantienen la temática: poemas sobre Lenin, o la canción “*Di Roite Meier*” (El Ejército Rojo). El cuento “*Der tatens bijlej*” (Los libros de papá) describe la historia de *Shimele* (Simoncito), cuyo padre es arrestado y deportado por tener “libros que no le gustan a los vigilantes”⁷.

La línea de “clase contra clase”, instaurada por el Comitern en 1928, marcó con claridad la política de la Ievsekzie para con el resto de la colectividad. Los grupos tradicionales fueron menospreciados como “judíos burgueses” y no se les prestó mayor atención. El principal enemigo era el Poalei Zion Linke, que competía con el mismo público -el proletariado judío- e incluso tenía sus propias escuelas obreras, las *Ber Borojov Shuln*. Los poaleisionistas son

⁷ Matías Sánchez Sorondo, *Represión del Comunismo. Proyecto de ley, informe y antecedentes. Tomo II: antecedentes*, Buenos Aires, Honorable Consejo de La Nación, 1940, sección “Escuelas obreras comunistas”.

catalogados como socialfascistas, e injuriados por ser falsos representantes del proletariado, y por su postura hacia Palestina (“una versión izquierdista del sionismo fascista”)⁸.

Puede decirse que la búsqueda de una solución al “problema judío” fue el único punto en común entre los comunistas y el resto de la colectividad. Por supuesto, la Ievsekzie tenía una solución clasista y alternativa al sionismo, al que catalogaban de utopía reaccionaria al servicio del imperialismo inglés: la colonización judía en la URSS.

Con este fin se creó, en 1924, Procor, institución que constituyó hasta mediados de los 30s la cuña de la Ievsekzie para influir en la “calle judía”. Abogando por la colonización rural judía en la Unión Soviética, Procor significó la competencia directa con el sionismo y su fondo agrícola, el *Kerem Kaiemet Leisrael* (KKL). De hecho, apeló a la misma táctica que el KKL al pedir a los colonos parte de su cosecha como forma de colaboración. Para 1927, Procor gozaba ya de más de 2500 miembros, casi la mitad entre la población agrícola de las colonias, razón por la cual la organización editó la publicación “*Der Idisher Poyer*” (el campesino judío), y luego “*Der Poyer*” (el campesino). A esta publicación se sumó más tarde “*Naierd*” (nueva tierra), destinada a un público más general.

El Procor organizó numerosos actos y campañas recaudadoras de fondos, aparte de ensalzar a la Unión Soviética como destino ideal para los judíos. La colonización agrícola era vista como una solución para el problema de las “masas judías desclasadas”⁹, en un intento por volverlas productivas e integrarlas al cuerpo de los trabajadores y campesinos, salvándolas así de su destino pequeñoburgués de prestamistas y cuéntenikes.

El éxito de Procor se acentuó a partir de la decisión rusa de definir a Birobidjan como futuro centro judío soviético, y más aún con la declaración de Birobidjan como territorio autónomo judío, a fines de 1933 (lo que derivó en el cambio de nombre de Procor a Sociedad Pro-Colonización Israelita en Birobidzhan)¹⁰. La visita de activistas judíos soviéticos dio renovados bríos al Procor: Gina Medem, activista norteamericana, escritora y maestra, visitó la Argentina y colaboró -si bien en la década del 30, cuando el Procor estaba disminuido- dando conferencias y escribiendo para “*Main Shul Javer*” (“Mi compañero escolar”)¹¹. Los viajes de representantes argentinos a la URSS también suscitaron el interés popular en la colonización de Birobidjan. Aunque hubo miles de interesados en emigrar, las dificultades económicas y las trabas puestas por la burocracia rusa, así como las precarias condiciones de vida en Birobidjan determinaron que sólo 163 personas se decidieran a emprender el viaje. Muchas retornaron a la Argentina apenas tuvieron oportunidad.

Recapitulando, entonces, es posible -a través de estos parámetros- identificar una postura clara del comunismo judío desde su creación hasta mediados de la década del 30 (cuando el Comitern vira hacia la línea de “frente popular” y los “progresistas” comienzan a apreciar visiblemente la herencia de la cultura popular judía). Esta postura demarca las características de su identidad: clasista, internacionalista y abiertamente hostil con todas las variantes del espectro ideológico. El mismo idioma, en esta época, no tiene ningún valor en sí: el idish y la cultura judía son tan sólo medios para alcanzar a la masa judía, e imprimir sobre la identidad de los inmigrantes el sello de su “verdadera” identidad: la identidad proletaria de clase. Nada del material confiscado a las escuelas judías (se excluye en este caso a las escuelas populares clausuradas a fines de la década del 30) hace pensar en una valoración de la cultura popular judía. Los temas de estudio son exclusivamente filocomunistas y obreristas (y notablemente hostiles hacia las diversas corrientes ideológicas

⁸ Efraim Zadoff, *Historia de la educación...*

⁹ Robert Weinberg, “Jews into Peasants?...”.

¹⁰ Robert Weinberg, “Jews into Peasants?...”.

¹¹ En Matías Sánchez Sorondo, *Represión del comunismo...*

y el gobierno), lo que lleva a pensar en una identidad de clase, que en último término no diferencia a sus integrantes por su origen nacional, al que sólo se ve como “idiomático”.

Aun en el tema específicamente judío, la postura es de clase. La solución del Procor al “problema judío” consiste en la “productivización de las masas judías desclasadas”: lo que falta no es un Estado, sino una ingeniería social que los convierta en obreros o campesinos. Y la solución no puede estar en otro lado que la URSS, donde tales problemas ya no existen.

La década del 40 y el ICUF: judíos, argentinos, y progresistas.

La década del 40 coincidió con una reestructuración organizacional de las instituciones del campo progresista judío. Así fortalecidos, los progresistas salieron a ganar la comunidad, en un contexto internacional minado por eventos de gran trascendencia, como la Segunda Guerra Mundial y la creación del Estado de Israel.

La creación del ICUF tiene su origen en el Congreso de Cultura Judía Laica, llevado a cabo en París en 1937. El representante de todas las instituciones locales (todas ellas progresistas) fue Pinie Katz, intelectual, escritor, y periodista de “Di Presse”. A su regreso, y de acuerdo con las conclusiones del Congreso (que establecía la creación de una federación de instituciones que agrupara a los representantes del campo progresista), Katz se dedicó a la creación del ICUF (*Idisher Cultur Farband*, Federación Cultural Judía). Con ese objeto, en 1940 se creó -antes que la federación misma- la revista cultural “ICUF”, proyecto en el que se intentó integrar a los diversos sectores de la izquierda judía, como Poalei Tzion Linke -sionistas socialistas- con su red escolar TZVISHO. Las divergencias entre los líderes de ambos grupos determinaron la evolución separada de las instituciones, pero las coincidencias ideológicas entre ellos llevaron a nuevos intentos de trabajo en conjunto.

En 1941 se creó finalmente el ICUF, organización que nucleó e impulsó la creación de la casi totalidad de instituciones del progresismo, tanto en Buenos Aires como en el interior. Las ciudades de mayor presencia judía crearon su ICUF local, como Córdoba, La Plata y Rosario. En Buenos Aires, el ICUF central reunió instituciones culturales diversas: Teatro IFT; el *Varshaver Lanslait Farain* (Sociedad de Residentes de Varsovia) así como otras sociedades de residentes (Lodz, Vilna); las escuelas: I. L. Peretz (Villa Lynch), Jaim Zhitlovsky (Paternal), David Mendelson, Ringemblum, Janus Korchak y Domingo Faustino Sarmiento (las últimas dos fusionadas finalmente en la escuela CER); Club Social y Deportivo Sholem Aleijem (ubicado en la calle Maturín, sin relación con las escuelas homónimas); Hogar de Ancianos Mendele-. Adicionalmente, se creó la FIJIA (Federación de Instituciones Juveniles Israelitas Argentinas), que nucleó a los grupos juveniles de todas las instituciones *progresive*.

El ICUF constituyó su propia red de escuelas, encabezada por el Centro Cultural y Escuela Judía Laica “I. L. Peretz”, en Villa Lynch-San Martín-Devoto, y la Escuela Judía Laica “Jaim Zhitlovsky”, en Villa del Parque-La Paternal. Creadas antes de la institución del ICUF, estas dos escuelas crecieron vertiginosamente, pasando de tener menos de 50 alumnos en 1940 a más de 400 cada una hacia fines de la década¹².

Las escuelas icufistas -aparentemente con más éxito que las escuelas del judaísmo tradicional- no tardaron en ganarse el apoyo de sus vecindarios, y a medida que su alumnado crecía, también el número de sus activistas y contribuyentes. En el caso de Villa Lynch, su crecimiento se vio sin duda ayudado por la presencia de grandes

¹² Entrevistas a Moishe Nikosky, Reisl Starker, Sara Schwartz. Ver también Efraim Zadoff, *Historia de la educación...*, y *Cultur Hois un Idishe Veltleje Shule “I. L. Peretz”*, *Iorbuj*, de 1945 a 1955.

empresarios locales entre sus fundadores (los hermanos Mijl y Wolf Raizman, grandes contribuyentes del PCA), y por el notable crecimiento y ascenso social del barrio, donde los obreros judíos no tardaban en ahorrar lo suficiente para montar su propio taller, que bien podía terminar en una gran empresa.

Los activistas escolares crearon Comités de Construcción, encargados de recaudar fondos, comprar un lote adecuado y comenzar la construcción de un edificio nuevo; también llevaban a cabo mejoras edilicias y construcciones secundarias, como -en Villa Lynch- un salón propio y una cancha de basketball. Así, esta escuela pasó a ser el núcleo de un “hogar cultural” que incluía también un centro cultural, una biblioteca y un club social y deportivo. En la década del 50, el polo de Villa Lynch contaba con un gran edificio, pileta olímpica de natación (donde practicaba la Escuela de Guardavidas de la Provincia de Buenos Aires) y gimnasio cubierto.¹³

Dado que las cuotas de los socios no solían siquiera alcanzar para cubrir los gastos regulares, las escuelas apelaron a la solidaridad y el interés popular organizando picnics, conciertos, banquetes y veladas culturales (en general con actuaciones o declamaciones de los alumnos, algún show teatral o musical, comida y baile). Las relaciones entre las instituciones icufistas aceptaron la organización y programación de este tipo de eventos: los jóvenes estudiantes y actores del IFT visitaban a menudo las escuelas e instituciones para hacer representaciones o iniciar grupos teatrales. En 1948, la escuela Zhitlovsky logró inaugurar su nuevo edificio, y la Peretz siguió su ejemplo al otro año.

Para esto resultó vital la estrategia entrista que las instituciones progresistas iniciaron a partir de 1944. Esta se enmarca en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, y la atmósfera hostil para con los judíos que primaba en el ambiente nacional hacia la primera mitad de la década. El Holocausto llevó a las ideologías en competencia por definir el “yo” judío (sionismo y comunismo) a sentirse como únicas herederas de la exterminada cultura judía de Europa Oriental¹⁴. Tanto los progresistas como las diversas corrientes sionistas se volcaron a las instituciones tradicionales (AMIA y DAIA, pero también instituciones menores como el IWO), con el fin de imprimirles su color ideológico. La afinidad del sionismo con el judaísmo tradicional (sobre todo ante los hechos de Europa) y la presencia previa de grupos sionistas en estas instituciones no actuó en detrimento del sector comunista. El Zhitlovsky entró al Vaad Hajinuj en 1944, y el Peretz un año más tarde. El ICUF comenzó a presentarse a las elecciones de AMIA en 1944, y concluyó las gestiones para entrar a la DAIA en 1947. Hacia fines de la década, el progresismo ya obtenía un tercio de los votos en las elecciones de la AMIA, y se había transformado en la primera minoría¹⁵.

El principal incentivo para ingresar al Vaad Hajinuj eran los subsidios que las escuelas asociadas recibían de los cofres de la AMIA. Esta zanahoria convenció a las escuelas progresistas de aceptar las exigencias del Vaad Hajinuj, que incluso modificó su estatuto para facilitarles la entrada. Para esto, las instituciones debieron hacer concesiones: en cuanto al idish, pasaron a respetar la escritura de los hebraísmos en su idioma original; se abandonaron las clases los sábados y los días de fiesta religiosa y se introdujo su explicación en la currícula; se admitieron maestros entrenados en el seminario del Vaad Hajinuj; se comenzó a enseñar hebreo como idioma secundario en cursos avanzados; Israel pasó a ser un tema de la currícula.

¹³ “Hogar Cultural y Escuela Laica Israelita “I. L. Peretz”, Boletín Anual”, 1949-1953.

¹⁴ Silvia Shenkolewsky-Kroll, “El Partido Comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades, 1930-1941”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 10, 2, Tel Aviv University, julio-diciembre 1999.

¹⁵ Esto, sin embargo, no representa de por sí una mayoría real, ya que las elecciones en la AMIA no fueron -hasta 1955- de voto secreto, ni de régimen proporcional. Triunfaba aquel que lograba llevar más gente el día de la elección, para lo cual los comunistas, por su disciplina partidaria, se mostraron particularmente eficientes.

A pesar de estas concesiones, los sectores menos afines al comunismo emitieron serias quejas, basados en los informes de los inspectores, acerca de supuestas estrategias de las escuelas progresistas para esquivar estos compromisos. Al parecer, en las escuelas del ICUF, si bien se adoptó el uso de hebraísmos, se siguió utilizando la escritura en fonética de los términos hebreos entre paréntesis. Los días sábados, si bien no había clases, tenía lugar el *kinder club*, club infantil que se dedicaba a las actividades extraescolares pero era dirigido por los mismos docentes y líderes de las instituciones progresistas. Del mismo modo, los feriados se enseñaban desde una perspectiva laica, así como lo poco que se veía de la biblia eran los contenidos sociales de algunos libros de los profetas. Adicionalmente, si bien el ICUF debió admitir a maestros de diversas ideologías, su *Shulrat* (Consejo Escolar) se aseguró que las creencias de estos maestros no estorbaran con su función educativa, y el personal afín y los activistas se encargaron de controlar y revisar los cuadernos de los alumnos o incluso supervisar las clases¹⁶.

¿Qué cariz tenía la educación y la identidad progresista en esta época? Los activistas definían la orientación de las escuelas del ICUF como “progresista-judía” y “progresista-argentina”. Esto significaba, por un lado, educar a los niños en la tradición cultural judía y generar en ellos una conciencia nacional. Por otro lado, buscaban instalar la idea de que los niños eran parte del pueblo argentino, y que la tradición democrática argentina era ajena a la reacción, el fascismo y el antisemitismo¹⁷.

Los *progresive*, al definir su identidad judeo-argentina, deciden ligarse con miembros particulares de los panteones culturales, tanto entre los próceres argentinos como entre los héroes y hombres de cultura de la tradición judía. Del lado judío, se ligaban con los héroes de causas populares: los miembros de la resistencia de los guetos y los brigadistas internacionales judíos. La principal referencia hacia el judaísmo ancestral es para con los macabeos, artífices de una rebelión desesperada contra la dominación romana¹⁸.

Del panteón argentino, los progresistas se identificaban con los revolucionarios de mayo, sobre todo Moreno, San Martín¹⁹ en cuanto luchador por la libertad de los pueblos y Sarmiento como adalid de la educación. Este reconocimiento positivo de la pertenencia al colectivo argentino funciona tanto como defensa ante las acusaciones de doble lealtad, como en forma de contrapunto al ideal sionista de Israel, cada vez más tangible y (luego de 1948) omnipresente.

En las escuelas icufistas, donde hasta avanzada la década del 50 todas las clases se daban en idish, se enseñaba historia judía (desde una interpretación progresista), literatura idishista (los autores populares con textos de crítica social, como Sholem Aleijem, I. L. Peretz, Sholem Ash, Mendele Moijer Sforim), música e idish. Del hebreo, tan sólo hebraísmos, y en los años avanzados. También “Temas Patrios”, que era una imposición del gobierno nacional.

Los docentes alineados con el ICUF eran los encargados de enseñar Esclarecimiento ideológico e Historia (desde una perspectiva materialista dialéctica), las materias que mantenían el adoctrinamiento comunista. Estas clases eran de carácter estrictamente oral, y los profesores tenían prohibido y debían prohibir a los alumnos tomar apuntes. La experiencia de las clausuras del Arbshulorg y las escuelas de la Farband habían hecho mella y se había aprendido la lección²⁰.

¹⁶ Efraim Zadoff, *Historia de la educación...*

¹⁷ Efraim Zadoff, *Historia de la educación...*, pp. 276-7.

¹⁸ *Boletín IX Aniversario del Hogar Cultural y Escuela Laica Israelita “I. L. Peretz”*, Villa Lynch, 1949, p. 2.

¹⁹ “El mes de Julio y San Martín”, *Boletín X aniversario del Hogar Cultural y Escuela Laica Israelita “I. L. Peretz”*, Villa Lynch, 1950, s/n.

²⁰ Entrevista a Gregorio Lerner, en el Centro Mark Turkow, AMIA.

El contenido filocomunista de la identidad “progresista” se mantuvo a través de estas materias, que exaltaban a la URSS tanto como paraíso de los trabajadores como paladín de la paz mundial. El compromiso con la URSS y el internacionalismo mantuvieron un rol primordial en la oposición al sionismo: la solución al problema judío no vendría con la instalación de un Estado burgués en Palestina, sino que se resolvería con la liberación de todos los pueblos. Así, la respuesta final para la situación de los judíos era el socialismo. Esto, por otro lado, volvía provisoria -al menos, en el corto plazo- la adscripción progresista a la Nación Argentina.

Conclusión

El activismo comunista en la calle judía (es decir, hacia dentro de la colectividad) tuvo durante el período estudiado una importante presencia y visibilidad, y hasta el momento de su derrota definitiva compitió exitosamente con los diferentes sectores del sionismo, hasta el punto de transformarse en un peligro, no para la república, pero sí para sus oponentes intracomunitarios. Los comunistas judíos fueron el único grupo idiomático del Partido Comunista que mantuvo una representación sostenida dentro de su comunidad nacional, y el único que logró crear y mantener -amén de las clausuras y la persecución policial- una red de escuelas complementarias ideológicamente ligadas al PCA.

Ahora, el contenido del activismo comunista judío -autodenominado “progresismo”- en el campo social, cultural y educativo no se mantuvo indiferente ante el paso del tiempo. Diversos factores, como el ascenso social extraordinario de la población judía, los cambios en la línea partidaria y eventos de trascendencia nacional y mundial modificaron la postura de los progresistas.

Así, la década del 20 los encuentra en una posición netamente clasista, opuesta al “Estado burgués” y enemiga de todas las posturas del espectro ideológico judío salvo la suya propia. La cultura y el idioma judíos son vistos tan sólo como un medio para llevar el mensaje comunista a las masas trabajadoras.

Esta identidad progresista fue mutando en la década del 30, al calor del cambio de estrategia del PC hacia el “frente popular” y una creciente hostilidad -en la Argentina y en Europa- tanto hacia los judíos como hacia los comunistas. La Segunda Guerra Mundial llevó tanto a los progresistas como al sionismo a lanzarse a conquistar las instituciones comunitarias, y la misma identidad de los comunistas varió para adoptar un cariz “argentino judío”. Su activismo se volvió netamente cultural, social y educativo, abandonando el frente sindical, lo que se correspondió -tras la irrupción del peronismo, y la virtual desaparición de las bases obreras comunistas- con la transformación del PCA en un partido de clase media.

La identidad judeocomunista de la década del 40 puede contraponerse con la postura originaria de la Ievsekzie para obtener dos panoramas diametralmente opuestos. En un primer momento es una identidad de clase, que apela a la identidad y al idioma judíos tan sólo en su calidad de herramientas para cooptar al proletariado de este origen. Los militantes del segundo período claramente consideraban a la cultura judía como un legado valioso que determina su identidad judía, y al que se sienten obligados a perpetuar. De hecho, buscaron trazar sus orígenes en tradiciones judías populares y aun bíblicas, reinterpretando la historia y la tradición judía. La defensa apasionada del idish, sin embargo, debe verse también como símbolo de la lucha contra el sionismo, que enarboló como alternativa el hebreo. De ahí las profundas reservas de los progresistas en utilizar los hebraismos del idish “original”: en parte, porque decían defender un idish popular, vivo, y de la calle; pero también porque lo que estaba en juego era la pugna con el sionismo por la determinación ideológica de la comunidad.

Según las directivas del Partido de proletarizarse, el sector progresista de la década del 20 -al menos en el discurso, ya que la dirección del Partido siempre criticó el aburguesamiento de la sección- se manifestó exclusivamente obrerista e interesado tan sólo en ganar a la masa trabajadora israelita. La época del ICUF, en cambio, estaba escindida de la militancia sindical, y apelaba a unas indefinidas “masas populares judías”, en un contexto de ascenso social vertiginoso. El progresismo judío posterior, asimismo, exaltó su nacionalidad argentina como fuente de orgullo, contraponiéndola con la lógica sionista que coloca a Israel en una posición privilegiada. Esto difiere de la postura de los años 20s, donde la “patria” y el gobierno eran notablemente castigados tanto en la prensa como en las aulas de los comunistas. Sostenidos en un equilibrio precario, los icufistas intentaron mantener, al mismo tiempo, el internacionalismo de sus primeras épocas (internacionalismo, por supuesto, con base en Moscú), haciendo incapié en la igualdad de todos los pueblos y de cómo la solución a la cuestión judía no era separable de la solución a los problemas del mundo. La única respuesta -aunque en los 40s, postergada hacia un futuro no inmediato- era el socialismo.

Aun así, el progresismo del segundo período estuvo de calificar a Israel de “utopía reaccionaria al servicio del imperialismo”. Su postura se alejó del ferviente antisionismo previo y de la postura del mismo PCA, ya que consideraban a Israel como una colectividad judía más, negándole -no obstante- una superioridad de status.

Ciertos eventos que involucraron a la URSS en la cuestión judía sacaron a la luz los potenciales conflictos entre el judaísmo y la adhesión al comunismo. Estos momentos claves se correspondieron con rupturas internas del movimiento progresista, al chocar la línea del Partido con los límites de la estructura identitaria judía.

Los tres momentos más claros donde estas identidades chocaron fue con el pacto Ribentrop-Molotov (1939-1941), con los juicios de Praga (1952-1953) y con la Guerra de los Seis Días (1967). Sólo los dos últimos resultaron en rupturas importantes en el progresismo, pero en ambos la evolución de los hechos fue simétrica: el ICUF y sus instituciones se alinearon con la postura de Moscú y el PCA (negando el antisemitismo en los procesos teatrales contra intelectuales y líderes judíos en 1952, y condenando el ataque de Israel a los países árabes en 1967). Esto llevó a una fracción entera, incapaz de aceptar esta postura, a escindirse del ICUF. La fractura de 1953 creó el grupo paralelo *Klorkait* (Claridad), mientras que la escisión de 1967 editó el periódico “*Fraie Shtime*” (Voz -o grito- Libre, en oposición a “*Folkshtime*”, “Voz del Pueblo”, periódico afín al icufismo). El ICUF, por su parte, repudió a los disidentes y a la vez -hacia su público simpatizante- negó las mismas rupturas.

Los eventos de 1952-53 tuvieron una particularidad: las elecciones generales de AMIA del '52 dieron en un triunfo de un frente amplio sionista, que incluía desde la derecha hasta los sionistas-socialistas. Los juicios en el bloque soviético sirvieron de pretexto ideal para deshacerse de los progresistas. Atrapados entre adherir a una condena a la URSS o abandonar la *kehilá*, el ICUF no lo dudó: su abandono fue seguido por sus escuelas, que fueron corridas del Vaad Hajinuj. A partir de ese momento el sector progresista fue sistemáticamente excluído de toda actividad conjunta, y él mismo reivindicó su alejamiento como un triunfo. La consecuencia fue el triunfo final del sionismo y la reescritura de la historia judía en esa clave.